



De Gaulle, un hombre de piedra, que ha jugado a acoplarse al tiempo histórico y no al dinamismo político. Pero su política es ahora móvil y audaz.

LA ZARABANDA DE LOS CANDIDATOS

Por EDUARDO HARO TECLEN

CINCINATO tenía la mano en la esteva de su arado cuando los senadores fueron a buscarle para ofrecerle la dictadura de Roma; aceptó a regañadientes, resolvió los asuntos del país en dieciséis días de poder y regresó, después, a la gleba. El asunto es tan extraordinario que los historiadores no acaban de creerlo —y los historiadores suelen ser crédulos— y consideran este desdén por el poder como una leyenda de la que no hay pruebas suficientes. Contemplando el mundo en torno resulta difícil creer la leyenda de Cincinato. Hoy, la sombra de un trono hipotético pone alas en los pies de los jóvenes príncipes, la esperanza de una Jefatura de Estado convierte a hombres maduros, y hasta senescentes, en alocados chiquillos. Ciertas coincidencias de tipo estrictamente constitucional hacen que tres puestos fundamentales del mundo de Occidente vayan a quedar vacantes. La sucesión está abierta para en seguida en Gran Bretaña —ya los conservadores, en el poder, han dilatado hasta el máximo de sus posibilidades el plazo de las elecciones—; un poco después, en los Estados Unidos. Y un año más tarde, en Francia: pero un año es poco para luchar contra De Gaulle. Estamos presenciando ya en estos países el esteple chasev, la carrera de obstáculos de los pretendientes. Ofrece curiosos perfiles.

Se ha visto, por ejemplo, al Presidente Johnson perder puntos en su país por tirar de las orejas a un perro. Y aturdirse en las explicaciones. Millares, quizá millones de amantes de los animales, se estremecieron de horror ante la fotografía de Johnson levantando por las orejas un perro, sobre todo por el texto, en el que se decía que el animal «aullaba de dolor»; la Casa Blanca tuvo que publicar un comunicado asegurando que el Presidente fue obligado por el fotógrafo a una acción que le repugnaba; el fotógrafo lo desmintió a su vez, y dijo que él se había limitado a hacer una instantánea de algo que sucedió espontáneamente. Es curioso recordar que Felipe de Edimburgo perdió toda su popularidad en Gran Bretaña —y tenía mucha— por haber cometido una crueldad en una cacería; no ha vuelto a recuperarla. Con Johnson, probablemente, las cosas no llegarán tan lejos. El Presidente está haciendo todo lo posible por ganar popularidad mediante los sistemas clásicos. Al terminar la última semana de abril, un médico tuvo que curar la mano derecha del Presidente, que estaba hinchada y sangrante de tantas veces como tuvo que darla durante seis días de campaña electoral: seis días en los que compareció personalmente ante doscientas cincuenta mil personas, recorrió 5,000 kilómetros, pronunció veinticuatro discursos, dio tres conferencias de prensa, apareció tres veces en la televisión. Sus técnicos han inventado un sistema de periscopios y espejos invisibles para que pueda leer los discursos dando la sensación de que los improvisa. Unos espejos que ya han tenido su importancia en la política: los mismos que usaba, en Londres, el Dr. Ward. Por una cara reflejan, por la otra son transparentes como el más puro cristal. Así, los iniciados podían contemplar los espectáculos ofrecidos por las amigas de la señorita Keller con *parterres* involuntarios, que se creían en una habitación cerrada. Todo esto contribuyó al escándalo amateur del ministro Profumo y a la decadencia del partido conservador. Johnson estuvo en peligro por tirar de las orejas a un perro; los conservadores británicos lo están porque uno de sus ministros acarició las de una señorita. Johnson, en cambio, ha hecho mejor uso del «one-way mirror», del espejo trucado: le sirve para leer lo que tiene que decir, sin que nadie lo advierta.

Todas estas anécdotas, naturalmente, tienen su categoría detrás, como pasa siempre. Las orejas del perro pueden ser la clave de un hombre cruel. El ministro amateur es la brecha abierta en un partido de programa moral, que ha suprimido la prostitución en el país —o lo ha intentado—, que ha castigado severamente los «delitos sexuales»: es una clave de la hipocresía. La opinión pública, hoy, no tiene una base política formada, porque la política se desenvuelve en terrenos de alta economía, de logística nuclear, de programas espaciales, de ciencia ficción; en una palabra, temas a los que no tiene acceso el ciudadano común, el hombre de la papeleta de votación. Los candidatos al poder usan, cada vez más, un misterioso lenguaje, un «volapuk» para iniciados, en sus discursos electorales. Al mismo tiempo, se desdoblan, se presentan ante el público como seres sencillos y humanos. La realidad es que la doctrina política occidental está hoy vacía de contenido, y el ins-

tinto de los pueblos se dirige solamente hacia dos problemas esenciales: que haya paz y que se pueda comer. Johnson es un hombre muy dudoso, porque es una incógnita para cuando tome el poder después del período preelectoral, pero ofrece perfiles de paz mucho más tranquilizadores que sus adversarios más inmediatos, que son, en estos momentos —según las últimas cifras—, Nixon y Goldwater. Nixon tiene detrás sus tiempos de la guerra fría, sus desastrosas campañas políticas respecto a América Latina; Goldwater hace toda su campaña electoral a base del regreso a los tiempos duros. En Londres, Wilson es el pacifista —lo suficientemente matizado como para no asustar a los que creen que la debilidad excesiva puede conducir a la guerra— y Sir Alec tiene también malos recuerdos detrás. A estas alturas de la carrera, el pronóstico es fácil en Estados Unidos y en Gran Bretaña: Johnson y Wilson deben ser los futuros jefes del mundo anglosajón.

* * *

EN Francia también prevalece la anécdota. Es curioso que la operación quirúrgica que acaba de sufrir De Gaulle juegue en su favor. Le ha «humanizado». Le ha descendido de su pedestal de símbolo para convertirle en un buen anciano con problemas de próstata, como todo el mundo: le ha acercado a la gente. Se ha levantado hacia él una ola de simpatía. Claro que esta anécdota tiene su cruz. Nadie sabe hoy, ni el mismo general, si su salud se va a restablecer, si su edad le va a permitir comprometerse para un nuevo período presidencial que debe terminar dentro de nueve años. Sin embargo, su política da ahora una sensación de juventud: es una política móvil, audaz, innovadora. Es curioso que ocurra esto en un país tan aficionado al inmovilismo político y precisamente por mano de un hombre de piedra, que ha jugado durante tantos años a acoplar sus movimientos a la lentitud del tiempo histórico en lugar de al dinamismo del tiempo político. Parece como si precisamente su edad, los pocos años que le quedan por delante, le obligaran a esta nueva rapidez que no estaba en su psicología.

En realidad, a De Gaulle le están haciendo bueno sus oponentes. Los candidatos de la oposición. Deferre, a pesar de todos sus esfuerzos y del apoyo de «L'Es- SIGUE



Tixier-Vignancour, un hombre espeso, de pelo militar en cepillo, representa la mayor aproximación francesa al fascismo. Se propone reivindicar la memoria del mariscal Pétain, y hacer desaparecer la ayuda a todos los países subdesarrollados.

en
catavinos



en
copa
en
su
calidad
se
nota

que
llevan
el
sello



OSBORNE



El Presidente Johnson ha perdido puntos en su país por un incidente ridículo: ante un fotógrafo levantó por las orejas a un perro. En el pie de la foto decía que el animal «aullaba de dolor».



Goldwater realiza su campaña electoral a base del regreso a los tiempos duros. Su programa es mucho menos tranquilizador para la paz mundial que el del actual Presidente de los Estados Unidos.



En Gran Bretaña, Wilson, candidato laborista, es el pacifista. Un pacifista lo suficientemente matizado como para no asustar a los que creen que la debilidad excesiva conduce a la guerra.

sombra gris. Nadie entiende sus programas, y el hombre no tiene anécdotas vivas que ofrecer. Pinay juega precisamente al Cincinato, en su pueblo de Saint-Mandé, del que es alcalde, trabajando en el negocio familiar —una fábrica de cueros— y negando su candidatura, en espera de que un grupo de notables vaya a solicitarla; lo que hubiera ocurrido, quizá, si alguno de los complots de la OAS hubiese tenido éxito y hubiera querido cubrir con un civil de aspecto moderado —más moderado, y más morigerado, que Bidault— una etapa de dictadura militar. Todavía, Pinay cree que algo puede suceder que haga que vayan a buscarle: pero si De Gaulle llegase a faltar de pronto, o decidiese retirarse de la vida política, Pinay presentaría su candidatura. Aunque, para ese caso, el general tiene previsto a su Pompidou, a su hombre de confianza que le ejerce el papel de primer ministro. Esta candidatura ofrece un degaullismo sin De Gaulle. Probablemente no sería aceptada por los electores. Todos estos candidatos borrosos, repito, enaltecen la figura de De Gaulle. Pero hay otro candidato que la favorece por no ser nada borroso, por ser demasiado conocido: el abogado Tixier-Vignancour. Su campaña política ha comenzado con una conferencia de prensa en un lugar predilecto de De Gaulle, la sala de baile del hotel Palais d'Orsay. Tixier-Vignancour no ha engañado a nadie. Se ha presentado como es.

Este hombre espeso, grande, de pelo militar en cepillo, representa la mayor aproximación francesa al fascismo. Fue uno de los leales de Pétain, tuvo, a veces, frases de elogio para los alemanes —las iniciativas espectaculares que ha sabido tomar la potencia ocupante, decía en 1940—, fue antisemita —y quien fue, es—, trabajó en el Gobierno de Laval. Ha luchado con tesón por la defensa de Argelia francesa, y ha sido el abogado oficial de la OAS. Si su defensa del terrorista Bastien-Thiry no pudo evitar que su cliente fuese fusilado, logró, en cambio, evitar el pelotón para el general Salan, condenado a cadena perpetua con gran indignación del general De Gaulle. Sus discursos en defensa de la OAS fueron, en realidad, ataques a De Gaulle y a los ministros del actual Gobierno; los grabó en discos y ganó, dicen, buenos millones de francos. Tiene una voz robusta, sonora; es un orador de primer orden. Tixier-Vignancour ha dicho, en su conferencia de prensa, que se propone reivindicar la memoria del mariscal Pétain y llevar sus restos al monumento nacional de Verdún; que promulgará una amnistía para todos los delitos relacionados con la guerra de Argelia —se entiende para los delincuentes «de Argelia francesa», no así para los todavía condenados que hicieron campaña en favor de la independencia, a pesar de ser franceses—; que hará desaparecer la ayuda a las naciones subdesarrolladas. Al mismo tiempo, ofrece, como todo el mundo, reducir los impuestos, construir escuelas, etcétera.

Este Goldwater francés no tiene, claro, posibilidades de ganar las elecciones. Es un abogado de causas perdidas, que es probablemente en lo que se advierte a los buenos abogados, pero su maestría no le dará más que un reducido porcentaje de votos. Sin embargo, su presencia en la carrera presidencial es interesante. Primero, porque quitará muchos votos de extrema derecha para otros candidatos; segundo, porque, ante el temor de que salga, muchos electores se inclinarán por De Gaulle.

* * *

SOBRE estas elecciones francesas planean aún varias dudas. Una de ellas es importante: ¿llegarán a celebrarse? Circula el rumor de que De Gaulle las va a escamotear, proponiendo en su lugar un referéndum, en el que pedirá al pueblo que, pura y simplemente, prolongue su mandato presidencial por otros siete años. La razón que pueda tener De Gaulle es puramente de orgullo: no presentarse en competencia con rivales que le parecen indignos de su «grandeur». Claro está que no teme perder estas elecciones —está muy seguro de ellas—; sólo

que le parece que el juego democrático no es digno de su categoría de símbolo. Las personas que están cerca del general desmienten que prepare esta maniobra; pero la realidad es que nadie se atreve a preguntarle nada, y si el número de candidatos crece, utilizará esta salida con el pretexto de evitar «que Francia vuelva a desunirse».

Por otra parte, parece que el general tiene «in pectore» un candidato para sucederle, aunque nadie sabe aún si ha encontrado la fórmula mágica para presentarlo al pueblo. Es un candidato difícil. Se trata del conde de Paris, que es pretendiente al trono de Francia. La pretensión al trono es, indudablemente, vana: la idea de una restauración monárquica en Francia hay que desecharla, naturalmente. Pero no hay que perder de vista la posibilidad de que Enrique de Francia sea Presidente de la República: no sería el primer príncipe-presidente de la historia francesa, aunque el precedente sea catastrófico. Enrique de Francia tiene una actividad política continua. Ha sido uno de los grandes valedores de De Gaulle. Dedica varias horas al día al estudio de los problemas políticos de Francia y del mundo, y edita un «Boletín» —no firmado directamente por él, sino por lo que se llama «la Secretaría Política del conde de Paris»— con opiniones nada insensatas, frecuentemente en apoyo de la doctrina de De Gaulle. Enrique de Francia ofrece la ventaja de ser un «fuera de serie», como lo era De Gaulle; un hombre que está por encima de los partidos, que no tiene aparentemente intereses personales en la política, que sólo se preocupa de los «destinos de Francia»: es decir, lo contrario de los políticos profesionales. Si a esta era del general se le llama —y lo es— una «monarquía sin rey», la del conde de Paris sería una «república con rey»: dos términos prácticamente equivalentes.

Lo difícil es hacer tragar esta píldora a un pueblo que se cree republicano y que celebra todos los años la fecha en que la guillotina comenzó a funcionar para las gentes de sangre real. Y lo difícil es, también, meter a Enrique de Francia en el juego de los candidatos, en los discursos electorales, en las campañas polémicas. Si a De Gaulle le parece esto poco digno de él, hay que imaginar lo que le parece al conde de Paris, que está seguro de que es más rey que De Gaulle.

Yo spongo que De Gaulle piensa hoy que si su salud se lo permite y puede prorrogar su poder hasta 1973, habrá encontrado, de aquí a entonces, la fórmula mágica para colocar al conde de Paris. Y que ésta es una posibilidad que hay que tener en cuenta.

De todas formas, hay que pensar que de aquí a las próximas elecciones francesas —dentro de casi dos años— el mundo no se va a estar quieto, ni la muerte tampoco...

* * *

ESTA zambanda de los candidatos —y no he citado más que tres países que parecen fundamentales en el mundo actual: el problema del acceso al poder se presenta todos los días en varios pequeños países— inquieta un poco. No porque los cambios no sean normales, puesto que son incluso deseables si es cierto el viejo aforismo de que «el poder desgasta», sino por la irritación que produce que la presencia de un hombre determinado en el poder ponga en juego la seguridad de los millones de habitantes del globo. En este sentido soy, personalmente, optimista, y creo que cada vez más los hombres fundamentales van tomando un papel menos significativo en el gobierno del mundo, que sus poderes están siendo limitados por el peso de la opinión pública. Creo que la vieja idea de los escépticos de que «a la masa se la lleva por donde se quiere» comienza a ser, felizmente, un anacronismo, y que por primera vez desde que se inventó la palabra democracia estamos realmente cerca de ella.